

ellos ya están especializados y laboran con calidad. Le aportamos mucho a la economía del país”, reflexiona Dony Alberto Gómez, el director general.

RUTAS DE UNA MUDANZA

Antes que Tunas y El Médano se borren del mapa, mucho queda por hacer todavía. Apenas el pasado año comenzaron a escuchar allí sobre la Tarea Vida, el plan de Estado para el enfrentamiento al cambio climático, que considera al asentamiento entre los prioritizados a nivel nacional por afectación total debido al ascenso del mar.

Los estudios sociológicos realizados por el Citma lo dejan bien claro: más del 70 por ciento de la población no quiere abandonar el pueblo, a pesar de reconocer las vulnerabilidades por su ubicación geográfica. La mayoría mantiene la confianza en que el Gobierno garantizará a tiempo su evacuación, custodiará sus bienes y aún sueñan con la posibilidad de encontrar una solución sin necesidad de abandonar este espacio, como lo han hecho durante más de 100 años.

Arraigados allí hasta la médula, muchos aprendieron a nadar antes que a caminar y el primer regalo que hacen a los niños es un cordel, un anzuelo o una red de pescar porque eso les garantizará su vida. Pero, lamentablemente, sobre ellos pende una punzante espada de Damocles, pues, según el Consejo de la Administración Municipal, solo en el último quinquenio los han evacuado cerca de 10 veces, con gastos cercanos a los 175 000 pesos en cada ocasión.

No por gusto el Gobierno ha decidido mover el pueblo. A Planificación Física corresponde la nueva microlocalización y realizó tres propuestas: El Salado —ya desestimada porque sufrió inundación durante la tormenta subtropical Alberto—; Guasimal —por su cercanía e infraestructura creada—; y Sancti Spiritus, como otra opción que pudiera interesar a algunos.

“Ya el Gobierno concluyó ubicarlos en Guasimal para que sigan vinculados al mar. Aunque vean lejos el 2050, muchas casas van a ir quedando bajo agua. Ellos no comprenden el peligro. El mar está entrando también por abajo, deteriorando los cimientos, el salitre es muy agresivo y en algún momento se van a caer las casas. Todo va a desaparecer”, considera Madelén de Armas, jefa de Ordenamiento Territorial en la Dirección Provincial de Planificación Física.

¿Y para cuándo sería la mudanza?

“En el 2030 debe estar todo listo”.

Según los estudios y pronósticos realizados, para el 2050 alrededor de 40 centímetros de Tunas de Zaza-El Médano quedarán por debajo del nivel del mar, sin mencionar que esa longitud pudiera aumentar porque los derivados del cambio climático se han acelerado: las temperaturas han subido más

rápido de lo previsto, se ha precipitado el derretimiento de los casquetes polares y, por ende, ha aumentado más el ras de las aguas.

“Tunas de Zaza y El Médano se encuentran en una posición extremadamente vulnerable, la penetración del mar va a ser permanente. Allí se han hecho acciones de educación ambiental, pero hace falta más trabajo de sensibilización con la gente. El problema es la baja percepción del riesgo. Hay que convencerlos de que se tienen que ir”, comenta Leonel Díaz Camero, delegado del Citma en la provincia.

¿Quién decide cómo, cuándo y hacia dónde se mudan Tunas y El Médano?

“El país quiere que se decida colectivamente, hay que trabajar con la percepción del problema, convencerlos y llegar a un acuerdo”.

Algunos dicen que sus casas no se afectan, ¿las inundaciones dañan toda la comunidad o solo sus partes bajas?

“Puede ser que haya una zona con determinada altura donde las casas no se inundan, pero quedan aislados, incomunicados una semana y sin servicios, están afectados. Esa sería la minoría porque hemos medido hasta dónde llega el agua cuando el mar sube, hasta 3 metros, no hay ninguna zona en Tunas que tenga más de 3 metros de altura sobre el nivel del mar”.

En Tunas existen otros problemas medioambientales, ¿ayudaría resolverlos o comoquiera son un pueblo sin salida?

“Nada de eso tiene que ver con el cambio climático, todo lo que hagan no va a impedir que suba el nivel del mar y se inundan. Eso no quiere decir que esos otros problemas no haya que trabajarlos”.

¿La construcción de casas en un segundo nivel y de muros en la costa remediaría la situación o constituye solo un espejismo?

“Es un espejismo porque tendrían que hacer una muralla como la china y rodear al pueblo, le entra agua por todas partes. Va a ser difícil convencerlos. Se escogió un lugar cercano porque ya cuenta con un grado de urbanización e infraestructura que permite disminuir los costos del traslado para el Estado. Además, para que sigan manteniendo su cultura; para que sigan viviendo del mar, que es una actividad muy lucrativa y es lo que quieren; para que la afectación psicológica y económica sea la mínima. Pero hay que convencerlos porque se tienen que ir, no pueden vivir dentro del agua”.

Desde una atalaya lejana, otra vez la sensación se impone a los sentimientos. En este horizonte de urgencias, la naturaleza última sin remedio. Aun así, la escapatoria no debe convertirse en arbitraje de orden y mando, mucho menos en una guerra inútil entre dos mundos. La persuasión no solo se define en los manuales. La mentalidad tampoco permuta en un día. Pero la cuenta regresiva ya se escucha en ese sur, donde el tiempo comenzó a morir.

Historia de acero y miel

Pese a infortunios y tragedias, una enfermera espiritana se aferra a la vida con la estirpe que caracteriza a la mujer cubana



Eliaine Valdés siempre está rodeada de niños en el Círculo Infantil Gilberto Zequeira. Foto: José A. Rodríguez

Yanela Pérez Rodríguez

Ni siquiera aquella mañana del 2009, después de desplomarse en el salón del Círculo Infantil Los Reyecitos, temió por ella misma, antes, había impartido la clase a los estudiantes de quinto año de Enfermería, que pudo ser su última lección.

Tres días demoró Eliaine Valdés Milián en comprender que la comida que escapaba por la comisura de la boca y la pierna izquierda que se rezagaba eran la señal de que la vida se le había dividido en dos tiempos: antes del infarto cerebral y después, pero con tres hijos alimentando el corazón, bien se puede pensar que la mente solo necesita un nuevo horizonte, porque el motor está asegurado.

Su pacto con los milagros comenzó cuando asistió el primer nacimiento en el antiguo hospital materno de Sancti Spiritus, porque de su lazo con la Enfermería habían sido testigos los juegos infantiles con el maletín de la cruz roja, y aquella niña, muchos años después, asumió el cargo de jefa de team del salón de parto, gracias a su título de técnico de nivel medio en Enfermería Obstétrica. Su profesionalidad la convirtió también en delegada al IV Congreso de la especialidad.

Tampoco era casual tanta tenacidad, porque la sangre siempre revela su estirpe, y ella había nacido de Anaberta, madre de tres niños, espiritana que se incorporó a la microbrigada de la Construcción para ganarse un apartamento en Olivos I, mientras su esposo José apoyaba el corte de caña. Él, remediano que se alzó en la Sierra Maestra durante la guerra de liberación nacional y que cedió la primera casa que le otorgó la Revolución.

Pasó la página y empezó de cero, añoraba más tiempo para atender a su pequeño. Abrió la puerta del Consultorio No. 17 perteneciente a Olivos I y devoró el abecé para dominar los deberes en la Atención Primaria de Salud Pública.

Para acunar su segundo embarazo, echó tierra al dolor de la ruptura matrimonial apenas un año después de la maternidad; le restó importancia a la toxemia grave de la primera gestación que le dejó la hipertensión arterial como secuela, incluso, borró aquel parto traumático.

Que estaba embarazada por tercera vez lo supo a las 19 semanas, pero bastó la noticia para amar a la criatura, y las palabras de Anaberta para darle confianza: “Donde caben dos, cabe otro más”. Y la última gestación le provocaría una diabetes que desde entonces la haría padecer definitivamente.

Dos meses de nacido tenía su tercer hijo cuando murió su mamá, la matriarca toda

ayuda, siempre en la retaguardia. “¿Cómo vivo ahora?”, se preguntó, demasiado dolor le impedía creer en ella misma, y curar la ausencia de la madre requirió la fuerza de la Medicina.

Aferrada a sus hijos comprendió que sus pasos solo podrían marcar hacia adelante, aún sin una casa propia y una conversación casual delataría su desesperación; sin embargo, encontró humanidad en la gestión de un funcionario, como cuando un sueño se hace realidad y nada más.

Un nuevo hogar en Olivos III, libros, tardes de coopeia, zoológico, clases de Karate y de Música, un fogón encendido, y amor, suficiente riqueza para criar feliz a sus hijos dentro de la casa.

Bastó que Fidel Castro hiciera la convocatoria masiva a superarse, el hombre que siempre la ha inspirado, para que Eliaine iniciara en el 2005 las noches de estudio con la aspiración de ganar el título de licenciada y así fue tres años después.

Pero aquel día después del diagnóstico que le impuso la hemiparesia, Eliaine dudó, sí, confusión provocada por la silla de ruedas, sin siquiera haber celebrado los 45 años, pero no temió por ella, sino por Osmir, Jamir y Nadir, el primero comenzaba la universidad y los otros aún cursaban la secundaria.

Dos años de rehabilitación transcurrieron para cerrar el capítulo, con la sapiencia del doctor Luna, hasta aquel día que escondió el bastón y tomó el auxilio de Modesta, la administradora del Círculo Infantil Gilberto Zequeira, que, sin creer en su recuperación total, dijo lo contrario y la animó a formar parte del colectivo. Decidió vivir, otra vez, por sus hijos, la luz que la convidaba nuevamente a levantarse. Aun cuando una comisión médica la evaluó para quedarse en casa, en ese centro ha permanecido desde entonces rodeada de niños: besos que esperan en la puerta, manos sobre las frentes, sonrisa sincera.

La docencia también regresó, porque no hay límites para compartir sus saberes acerca de la salud escolar con los muchachos que estudian Higiene y Epidemiología y Enfermería.

Piensa en sus hijos todos los días, con el orgullo —que es pureza en el corazón de una madre— de haberlos guiado. Eligieron la misma carrera, y solo el mayor ya terminó la licenciatura en Derecho por la Escuela Militar Superior Comandante Arides Estévez, en La Habana.

Eliaine sueña con ellos todos los días. “Empínense”, les dice vía telefónica, “Como si yo fuera Mariana Grajales”, reconoce en la entrevista, y pudiera ser, piensa uno, tan solo ha cambiado el siglo.



Algunas viviendas ya quedaron totalmente destruidas por los embates del mar. /Foto: Vicente Brito